

Aprendiendo a jugar en todos los tableros

La participación en el Consejo de Seguridad de la ONU deja experiencias e interrogantes.

El primer año del gobierno de Juan Manuel Santos, muy dinámico en política exterior, deja mejor ubicada a Colombia en las nuevas realidades y oportunidades regionales e internacionales. Es un buen punto de partida para diversificar las relaciones internacionales del país.

Haber comenzado por normalizar las relaciones con los dos mayores vecinos generó rápidos efectos positivos. Los avances en la mutua confianza ayudan al trámite de asuntos complejos. El Plan Fronteras para la Prosperidad concreta proyectos de desarrollo en los municipios más vulnerables, fronterizos con Ecuador y Venezuela. Haber puesto a Suramérica como testigo de ese acercamiento ayuda a tramitar las diferencias.

El compromiso con Unasur marcó un buen derrotero. La secretaría colombiana está ayudando a institucionalizar sus consejos. Y la iniciativa que propuso Santos en Lima, de actuar conjuntamente frente a problemas globales, es oportuna, como lo reconocieron las presidentas de Brasil y Argentina, dos países con los cuales se reactivaron y fortalecieron los precarios vínculos oficiales. Unasur es, además, un punto de encuentro con el gobierno de Ollanta Humala, benéfico para la iniciativa del Pacífico, asumida por Perú, Colombia, Chile y México. De contera, todo ello abre a la región frente a las urgencias colombianas.

Acertadamente, el compás diplomático se ha abierto hacia toda América Latina. De hecho, el gobernante con quien más veces se ha reunido el mandatario colombiano es el presidente mexicano. La reciente visita oficial a ese país mostró el excelente momento por el que atraviesan las relaciones mutuas. Ambos mandatarios han insistido en la iniciativa del Pacífico y, junto con Centroamérica, han fortalecido la coordinación contra la criminalidad organizada.

En el Caribe, el gobierno convirtió a Haití en eje de su acción multilateral y le prometió a Caricom servir de puente con Suramérica. Sin embargo, asumir la condición de país grancaribeño sigue siendo una tarea pendiente, como lo es apropiarse de su condición amazónica. Sería conveniente una vinculación de diversos sectores de las fronteras que dan origen a las distintas pertenencias nacionales, a las iniciativas integracionistas.

Con Estados Unidos, la relación ha sido realista. Ni esa nación puede mantener el mismo nivel de apoyo, ni a Colombia le conviene sumarse a todas sus políticas. Reequilibrar la relación e intentar sacarla de la seguridad y el narcotráfico ha sido una acertada decisión de mutua conveniencia.

Para buscar el ingreso del país a la Oede, ha sido oportuno el acercamiento a Francia, cuando este país preside el G-20 y el G-8 y a países centrales de Europa. Pero esa aspiración implica la construcción de condiciones para la inserción internacional, como erradicar la corrupción, mejorar la productividad y la educación, y reducir la informalidad, la pobreza y la inequidad.

A la relación con Asia está dedicada una parte significativa de los lineamientos de la política exterior, que se ha traducido en visitas diplomáticas y negociaciones comerciales. Gremios y universidades pueden contribuir a profundizar esos vínculos.

La participación en el Consejo de Seguridad de la ONU deja experiencias e interrogantes. ¿Por qué votar a favor de la intervención en Libia y no tomar distancia del uso de la fuerza para presionar un cambio de régimen? ¿Por qué tan poca coordinación con Brasil y con la región en un asunto tan crucial como este?

Una gran falla: al servicio diplomático se sigue accediendo por razones clientelistas y han permanecido en sus cargos personas cuestionadas por vínculos con paramilitares o violación de los derechos humanos. Así no será posible jugar bien en todos los tableros.